

LOS CULTOS SINCRETICOS DE ORIGEN AFRICANO Y SU IMPRONTA EN LA CULTURA CUBANA

Agenor Martí y Olga Fernández

Investigadores Cubanos
especialistas en Folclor y Musicología.

La diáspora africana fue un factor fundamental en el poblamiento del Nuevo Mundo. La *Enciclopedia Católica* calcula en 12 millones los esclavos procedentes de Africa introducidos en América, y otros autores señalan que no pasaron de cinco o seis millones los africanos antecesores de los aproximadamente cuarenta millones de negros y mestizos que hoy pueblan la zona del Caribe y del continente americano.

El hecho de que no existan datos fidedignos sobre el tráfico negrero en el Nuevo Mundo, se debe principalmente a la omisión -por la imposibilidad de ser cuantificado- del número de esclavos introducidos mediante la treta clandestina practicada con entera libertad gracias al apoyo de funcionarios del imperio colonial español.

Lo cierto es que no es posible soslayar la transculturación en el proceso formativo de la cultura americana, y dentro de ella la poderosa contribución del negro africano

a la conservación y permanencia de las tradiciones populares.

Los cargamentos de negros congos, carabalíes, ararás, lucumíes, se trasplantarían al Caribe y al continente americano la religión, el lenguaje, el baile, la música y los instrumentos con los que ellos animaban sus cultos y alegraban sus fiestas. No es casual que la primera manifestación de arte africano en Las Antillas, fuera la construcción de esos instrumentos musicales, y la de fetiches y atributos religiosos. Así mantendrían esas etnias, por siglos, la tríada sustentadora de su identidad cultural: la religión, la música, el canto y el baile, o lo que es lo mismo, el pensamiento, el sonido y el ritmo.

La difícil localización geográfica y etnológica de aquellos negros en los primeros tiempos de la trata, se fueron perfilando gracias al predominio de sus rasgos culturales y a la formación de cabildos o sociedades de ayuda mutua que agrupaban cada etnia o nación africana. A una con mayor desarrollo cultural, como la yoruba, correspondían los cultos más ricos por su liturgia, sus instrumentos y su música, sus cantos y bailes sacromágicos.

Si Santo Domingo y Cartagena de Indias fueron, en los dos primeros siglos de la conquista y colonización española, depósitos continentales de los negros que luego serían cedidos a la Corona según la demanda de mano de obra en sus colonias, Brasil y Cuba se convirtieron, en el siglo XIX, en los centros activos de la trata clandestina. Y desde esos países, los traficantes podían pasar al resto del continente sin grandes costos, caravanas de esclavos, aprovechando los grandes ríos y el mar que comunicaba con Las Antillas y con los estados esclavistas de Estados Unidos de Norteamérica.

Si bien es cierto que en Cuba y otros países antillanos el desarrollo de la esclavitud estuvo unido al incremento de la economía de plantación, en otros lugares de América Latina la presencia del negro fue consecuencia también de una alternativa de explotación de las minas y de la tierra, al punto que muy avanzado el siglo XIX aún

se encontraban negros criollos o africanos en los altiplanos de México, Perú, Colombia, Santiago de Chile, las pampas argentinas y en las costas atlántica y pacífica del Continente.

Es innegable que dentro de los componentes de la sociedad, los negros y mulatos constituyeron la capa social más marginada; en lo cultural fueron afectados por la discriminación y rechazo, y abolida la esclavitud ese proceso deculturador continuó como mecanismo de sujeción en las pequeñas islas del Caribe. En Cuba y Brasil, ese proceso fue factor de división social sólo atenuado por la cohesión de las diversas expresiones religiosas, poderoso trasmisor de los valores esenciales de una civilización expandida en una diáspora, cuyo único cordón umbilical sería la múltiple y diversa acomodación y reelaboración de una religión sincretizada y de una filosofía rica y sutil. Después de perdida la identidad tribal en su viaje de esclavos hacia el Nuevo Mundo, era lógico que se arraigaran, ya en tierra americana, esos rasgos culturales como elementos unificadores.



